

Diócesis de Barbastro-Monzón

«Pueblo de Dios en salida»



El Reino de los Cielos, un tesoro escondido

***«Les explicó lo que se refería a él
en toda la Escritura» (Lc 24, 27)***

3

**Tercera Semana de Cuaresma
2021**

Comenzamos rezando

El encuentro de Jesús con los de Emaús da mucho de sí. Además de hacer de acompañante, como veíamos la semana pasada, Jesús también fue para ellos un excelente catequista. Lo más substancial de aquella catequesis tuvo lugar cuando Jesús les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura. Fue una catequesis minuciosa y entretenida al mismo tiempo, porque, escuchándole, el camino se les hizo corto y sin darse cuenta se encontraron en las afueras de Emaús. Además, el corazón se les fue caldeando según escuchaban sus explicaciones. También Felipe ejerció de catequista con el etíope que regresaba a su casa, y tuvo la satisfacción de que su pupilo pidiera el bautismo.

Acompañar y ser catequista tienen mucho en común: el acompañamiento desemboca en la catequesis, pues quien encamina a un hermano hacia Jesucristo, termina ofreciéndole un proceso formativo, que le lleve a conocerlo mejor.

Por eso, el Congreso de Laicos desarrolló un itinerario dedicado al *“acompañamiento”* y otro, a los *“procesos formativos”*. Los procesos formativos o catequesis, que nos ofrece la Iglesia, constituyen una de sus principales actividades. Algunos, cuando oyen catequesis, piensan en la Primera Comunión; pero la catequesis es mucho más; también los jóvenes y los adultos han de participar en catequesis adecuadas a su edad y condición para que el “traje

El Reino de los Cielos, un tesoro escondido

de la primera comunión” no se les quede pequeño y ridículo. Tanto los de Emaús como el etiope eran adultos, y sus catequistas fueron el propio Jesús y el diácono Felipe.

Algunos sois catequistas, pero todos estamos invitados a participar en los “*procesos formativos*” que ofrece la Iglesia. Comenzamos hoy orando por los catequistas y por todos nosotros para que nos abramos cada vez más a la Verdad:

Señor, haz que yo sea tu testigo
para comunicar tu amor.
Concédeme cumplir la misión de catequista
con humildad y confianza.

Que mi catequesis sea un servicio a los demás,
y una entrega gozosa de tu evangelio.
Recuérdame continuamente
que la fe que deseo irradiar
la he recibido de Ti para transmitirla
en primer lugar a los de mi casa.

Hazme un verdadero educador de la fe,
atento a la voz de tu Palabra.

Que tu Espíritu Santo conduzca mi vida
para que no deje de buscarte y quererte,
para que no me venza la pereza ni el cansancio.

Señor, que unido a Ti, a la Iglesia
y a tu Madre María,
sepa yo guardar, como ella, tu Palabra y ponerla
al servicio de mi familia y del mundo. Amén.

(San Juan Pablo II)

La fe es un tesoro que produce alegría

Cuando Jesús quiso explicar qué es el Reino de los Cielos, cuya llegada inminente anunciaba, echó mano de diversas parábolas. Una de ellas, de las más breves y enjundiosas, dice así: «El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel» (Mt 13, 44). Para Jesús, el Reino es el mejor tesoro que un ser humano puede desear; para mucha gente no es así, pero eso ocurre porque no han llegado a descubrir cuánta felicidad produce el creer en Dios. Si para nosotros la fe es como ese tesoro de la parábola, demos gracias a Dios por la suerte que hemos tenido y dejemos que la gratitud se desborde en alegría.

El papa Francisco no se cansa de presentarnos el Evangelio como una fuente de alegría: recordemos que *“La alegría del Evangelio”* (*Evangelii gaudium*) fue el título de su primera exhortación apostólica; y que la invitación a la alegría aparece constantemente en sus palabras y en sus hechos. Esta alegría produce en el cristiano el deseo de transmitir esa fe que tanto le ayuda en la vida.

En el Congreso de Laicos se afirmó que sin estar realmente convencidos de la bondad de la propia fe, no es posible transmitirla. Hay cristianos que no están convencidos de que la fe sea una fuerza que les ayuda a vivir y, por eso, la relegan al ámbito de

El Reino de los Cielos, un tesoro escondido

la vida privada: no la confiesan públicamente ni la transmiten. Éste “derrotismo religioso” es el problema principal para el futuro de la fe entre nosotros.

Cuando más creció el cristianismo entre los paganos fue en la época de las persecuciones. ¿Qué lo hacía tan atractivo para aquellas gentes, a pesar de que, al hacerse cristianos, ponían en peligro su vida y sus bienes? Que «el cristianismo se presentaba como una fe que merece la pena vivir porque es también una fe por la que merece la pena morir», ha dicho un estudioso de Oxford. La fe de aquellos hombres era como el tesoro encontrado en el campo, por el que lo arriesgaban todo. Una fe vergonzante y acobardada no se anuncia con la valentía de quien le va en ello la vida, y no atrae.

Compartir lo que a nosotros nos ayuda

Cada cristiano y cada comunidad cristiana es una emisora que lanza mensajes en una sociedad con sed de bienestar, pero con una amenaza constante de frustración, de depresión y de ansiedad. La proliferación de los ansiolíticos y de las terapias de todo tipo es un síntoma revelador: queremos ser felices, pero la vida con frecuencia nos lo pone cuesta arriba. En esta situación, la fe nos impulsa a “emitir” el esperanzado mensaje de que hay futuro.

Este mensaje lo emitimos con palabras que anuncian la persona de Jesús de Nazaret como

alguien actual y necesario. Y lo emitimos también con el modo de vivir: los lugares a donde vamos o a donde no vamos, el ritmo de vida que llevamos, el modo de gastar que practicamos, el modo de ser familia, el comportamiento en la profesión... constituyen un claro mensaje de lo que es importante para nosotros. Pero, a algunos cristianos les da miedo “emitir” este mensaje, y sin “emitir” un mensaje que ofrezca esperanza no se evangeliza.

España es ahora una sociedad cada vez más pluralista, en la que la única manera de vivir en paz está en cultivar la tolerancia. Pero no hay que confundir la tolerancia con el relativismo. Respetarnos y ser tolerantes con quienes piensan distinto de nosotros, no significa que todas las opiniones sean igualmente verdaderas y buenas, ni que el “bien” y la “verdad” no existan. La tolerancia requiere un equilibrio, difícil pero imprescindible, entre la *adhesión* a las convicciones que sostienen mi vida y el *respeto* a las convicciones de los otros, aunque no las comparta. Y requiere también una capacidad de dialogar serenamente para “dar razón de nuestra esperanza”.

El relativismo pone en duda que exista una verdad y un bien común a todos, pero sin verdad y bien común se socava la convivencia social, pues cada cual podría decidirse a vivir como mejor le plazca sin tener en cuenta que los otros también existen. Y socava también la posibilidad de ser una Iglesia “en salida”, porque debilita nuestras convicciones y, sobre todo, el entusiasmo por compartirlas.

Ser "Iglesia en salida" reclama formación

El cristiano ha experimentado que el Señor ha sido misericordioso con él y ha gustado su consolación. Misericordia y consuelo le producen alegría y le impelen a anunciar el mensaje, que ha recibido. Además, siente que ha sido ungido por el Espíritu Santo con sus dones, que le marcan el tono, las formas, las osadías y el modo de aprovechar las coyunturas propicias para anunciar a Jesucristo. Por todo ello, además de la oración, del coraje y del compromiso, el cristiano necesita formación.

El papa Francisco nos ha recordado: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo» (*Evangelii gaudium*, 273). Claudicar de la misión sería lo mismo que claudicar de la fe, y descubrir la misión que yo soy exige escucha, discernimiento y formación para desplegarla en la catequesis, en la vida pública, en la familia, como dirigente de mi comunidad, con los jóvenes, en el campo sanitario, etc.

Además, cada cristiano ha recibido la unción del Espíritu Santo y, con ella, unos dones particulares para el enriquecimiento de la Iglesia, y para aportar su grano de arena en la misión, tal como decía el apóstol Pablo a los de Corinto: «A cada uno ... se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad» (1 Cor 12, 7).

Por ello, la Iglesia nos ofrece unos “procesos formativos”, que reclaman la acogida para que sean provechosos. La conversión que nos pide la

El Reino de los Cielos, un tesoro escondido

Cuaresma y el ayuno agradable a Dios son ese esfuerzo que requiere la formación que necesitamos para ser “Iglesia en salida”. He aquí sus principales dimensiones:

- La formación se realiza en el *silencio* y con la *oración*. Sin silencio no hay lugar para el encuentro con uno mismo y con Dios. Sin oración, la fe se vuelve mortecina, no se renueva, sino que se apaga. ¿Reservo espacios regulares y suficientes para el silencio y la oración en esta sociedad de la prisa y el estrés?
- La formación requiere la *lectura*: de la Sagrada Escritura, del Magisterio de la Iglesia acerca de los temas candentes de nuestro tiempo, de los autores sólidos por su reflexión sobre la fe y la vida, de los planes de formación para el laicado que se me ofrecen. Los hay y algunos son muy buenos. Sin leer no vamos a evangelizar la cultura.
- La formación incorpora en nosotros el dinamismo de la *revisión de vida y el contraste*. La formación es una tarea personal, pero también comunitaria. Necesito la mirada que, desde fuera de mí mismo, me contrasta, me interpela y complementa lo que yo veo. Esas miradas de los otros creyentes del grupo espolean y son acicate, enriquecen y amplían el horizonte.
- La formación es una tarea *permanente*, porque es un proceso continuo de crecimiento en la fe; es *eclesial*, porque me ha de ayudar a crecer en el sentido de pertenencia y comunión eclesial; y es

El Reino de los Cielos, un tesoro escondido

personal, porque ha de potenciar *mi* vida cristiana y *mi* vocación como bautizado maduro, adulto y militante.

Concluamos con la oración del papa Francisco a la Santísima Virgen, “estrella de la nueva evangelización”, para que nos ayude a incorporarnos y seguir los procesos formativos que necesitamos:

Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.
Consíguenos ahora un nuevo ardor
de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia,
de la cual eres el icono purísimo,
para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino.

El Reino de los Cielos, un tesoro escondido

Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer
en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros. Amén. Aleluya.

Para la reflexión personal o en grupo

- ❖ ¿Vivo la fe como un tesoro que produce alegría o como una carga? ¿Cómo manifiesto la alegría de creer?
- ❖ ¿Comparto la fe con otras personas? ¿Cómo lo hago: con timidez y vergüenza o con entusiasmo, convicción y respeto?
- ❖ ¿Dedico tiempo a la formación o pienso que con la catequesis que recibí siendo niño ya puedo manejarme como cristiano en el mundo en que vivimos? ¿Qué voy a hacer en este sentido?

Guía para orar durante la Cuaresma

Para la tercera semana

Del 7 al 13 de marzo

Lecturas bíblicas para esta semana

En la reflexión de esta semana, se nos recuerda que quien sigue a Jesús alcanza la alegría y el deseo de que otros se encuentren con él, para que también se sientan felices.

El Evangelio según san Mateo nos conserva una serie de parábolas pronunciadas por Jesús para explicar cómo sería el reinado de Dios, cuya llegada inmediata anunciaba. Al capítulo 13 de este Evangelio se le denomina el “*Libro de las parábolas*”, porque todo él está dedicado a describir el Reino de los Cielos por medio de parábolas.

En esta semana podemos ir leyendo este capítulo 13 de san Mateo, meditarlo con pausa y llevarlo a nuestra vida, ya que la Palabra de Dios está viva y se actualiza siempre y para todos los que la acogen con corazón abierto.

Palabras para orar

Señor Jesús, aquí nos tienes.

Somos el pequeño grupo que tú has elegido.

Tú nos has llamado para que seamos tus testigos.

Tú nos has llamado para ser luz del mundo
y sal de la tierra.

Tú nos has llamado para que seamos
expresión de tu amor.

Aquí nos tienes. Sólo somos instrumentos
que nos ponemos en tus manos.

Te pedimos, Señor,
que nuestras palabras sean tus palabras;
que nuestras obras sean tus obras;
que nuestros pensamientos
sean tus pensamientos;
que nuestra vida sea tu vida.

Que nunca nos cansemos de amar y de amarte;
que ante la dificultad seamos constantes
y que ante la adversidad permanezcamos unidos.

Tú sabes, Señor, que somos de barro:
moldéanos según tus deseos
y que al final del día podamos decir:
“Somos unos pobres siervos;
hemos hecho lo que teníamos que hacer”.

Consejos para orar con la Palabra de Dios

- ❖ Cambia los nombres propios que aparecen en el texto (Zaqueo, Simón...) por tu propio nombre y siente que estás tú en esa situación.
- ❖ Si la lectura no te dice nada, quédate en paz. Tal vez otro día te diga mucho, pues la gracia de Dios va más allá de nuestro esfuerzo.
- ❖ Cuando reces los salmos, piensa que Jesús, María, José, los Apóstoles y muchos creyentes sinceros los han rezado a través de los tiempos. Trata de ponerte en su lugar y haz tuyos sus sentimientos.